

El valor actual de la Universidad

Fernando Sancén Contreras*
Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México.

* Profesor titular del Departamento
de Política y Cultura en la UAM-Xochimilco.
Correo electrónico: sacf1309@cueyatl.uam.mx

Resumen

El presente artículo aborda el concepto mismo de *valor*, y se le concibe como una creación y una práctica individual y social. Definir el valor actual de la Universidad lleva a una discusión que se resuelve en la búsqueda de lo que ella ha de significar para la sociedad actual. El valor que tradicionalmente se le atribuye —transmisión de conocimientos e investigación— es ya inoperante dado que sus funciones centrales se realizan con éxito fuera de Ella. Por eso se postula el valor de la Universidad en la incorporación de la imaginación creativa para formar a los estudiantes en la conciencia y la responsabilidad de crear su futuro personal y el de la sociedad. Dicho valor no se limita al pasado ni al presente; asume a éstos como lo que da forma al futuro. Enseñar e investigar los asuntos de la sociedad y de sus miembros para construir su futuro a través de una actitud imaginativa, creadora, es el valor actual de la Universidad.

Palabras clave:

Valor
Creatividad

Abstract

This article examines the concept of values, conceived as an individual and societal creation and practice. To define the value of the university today, it is necessary to examine the meaning of values in contemporary society. The traditional value assigned to universities, that of transmitting knowledge and research, is no longer unique, as these vital functions are also accomplished outside the university. It is therefore postulated that the value of the university is to incorporate creative imagination into its task of shaping the future. The university must teach students to consciously and responsibly create their own and society's future. This value is not limited to the past or the present, but also forms the basis for shaping the future. The value of the university today is thus to teach and investigate issues by which society and its members can build their future through creativity and imagination.

Key words:

Value
Creativity

Para cualquier universitario es una tarea difícil abordar el tema de la Universidad. La cercanía profesional, laboral, afectiva, etcétera, del hecho social que ésta representa son en sí un obstáculo para analizarla y reflexionar sobre ella a la distancia que exige el asunto. Pero no es sólo la cercanía lo que dificulta su análisis, también la complejidad de la función que la Universidad cumple en la sociedad, los intereses que involucra, los sentimientos de deseos fundados, logros o fracasos, etcétera, entre quienes se relacionan con ella son parte de esta dificultad, porque todos los puntos de vista han de ser considerados si se quiere hacer

un análisis útil sobre la Universidad. Mayor complicación entraña examinar la Universidad desde la perspectiva de su valor intrínseco. Sin embargo, es un ejercicio necesario en el entorno social, político y económico de cambio en el que actualmente vivimos. Ante tal dinamismo es natural que nos preguntemos acerca del valor que a la Universidad le reconocemos.

El primer desafío que se presenta cuando hablamos del *valor de la Universidad* consiste en precisar al menos el concepto de *valor*. ¿En qué sentido aplicarlo a la Universidad?, porque

normalmente lo atribuimos a realidades tan distintas como la libertad, la democracia, el dinero, la familia, el Estado, la justicia, la lealtad, etcétera. Dado que el valor que se atribuye a algo puede tener diversas perspectivas o enfoques, se impone el criterio de al menos tratar de dilucidar el concepto y luego referirlo a la Universidad. Habrá también que ubicar el *valor de la Universidad* en su extensión de tiempo y espacio, es decir, en su dimensión histórica; pero sobre todo tratar de explicar qué valor representa actualmente la Universidad para la sociedad en general, para el Gobierno, para los Organismos Internacionales, que recientemente se han sumado a la discusión del papel de la Universidad en la sociedad, y especialmente cuál es el valor que atribuyen y viven los universitarios respecto de la Universidad. En este espacio no es posible desarrollar todos los aspectos que involucra un análisis completo del tema; nos limitamos a señalarlos proponiendo sólo algunas ideas como respuestas preliminares al problema mencionado.

Antes de aplicar a la Universidad el término de valor, conviene precisar que este término lo aplicamos en primera instancia a un concepto que significa algopreciado para quien así lo considera. El valor no es un concepto absoluto, no se impone por sí mismo, sino que depende de la disposición previa que tenga un individuo o una colectividad para afirmarlo como tal, y de las circunstancias en que lo hace. Estas circunstancias pueden tener una validez en periodos sumamente largos o más bien breves. Tomemos, por ejemplo, el valor que atribuimos a una persona. Actualmente pensamos que una persona tiene un valor en sí misma por el solo

hecho de pertenecer a la especie humana. Así lo ha considerado la humanidad por cientos de años. Sin embargo, este valor ha tomado diversas connotaciones; es decir, que su valor es histórico, porque cambia conforme se van modificando los individuos y el entorno social en que se desenvuelven. Siguiendo con nuestro ejemplo, en la sociedad romana, a la que todos admiramos por muchas razones, el que un individuo fuera esclavo y no tuviera voluntad propia no era considerado como opuesto al concepto de valor de persona. Para nosotros hoy es inaceptable tal forma de entender la esclavitud y la dignidad del hombre. Pero también, por otra parte, somos conscientes que el valor que se le otorga a la persona no es el mismo entre nuestros contemporáneos, pues hay quienes en la práctica justifican la discriminación, con lo cual queda en entredicho, para otros, el valor absoluto de la persona. Tenemos, por tanto, que el valor es una construcción social originada por el pensamiento y acciones de los individuos que componen una sociedad. Es decir, que el valor no tiene una existencia por sí mismo, sino que son los individuos quienes le dan esa dignidad en la medida en que lo observan, lo siguen y lo transmiten. Más aún, puede decirse que el valor es el elemento constitutivo y actuante en todo grupo social. Una sociedad resulta incomprendible sin un sistema de valores que la cohesione y le permita reproducirse.

La Universidad, como institución social, es en sí misma un valor porque reúne en Ella a diversos valores que la sociedad actual tiene como tales: el conocimiento del entorno y su explicación coherente, las habilidades necesarias para optimizar el



Fotografía: José Ventura

esfuerzo dirigido a obtener los satisfactores que dan a la sociedad bienestar y le permiten su reproducción, la formación de profesionales que realicen las funciones por las que la sociedad se desarrolla y se perfecciona, el análisis de los mismos valores de la sociedad y la crítica a lo que se considere opuesto al bien de la sociedad, etcétera.

Si precisamos lo anterior, podríamos decir que la Universidad es valiosa porque constituye un centro educativo en el que los estudiantes aprenden conocimientos e incorporan valores, con los que se integran al impulso transformador que normalmente genera la sociedad a la que pertenecen. Hasta aquí coincide el valor de la Universidad con el que posee cualquier institución educativa. Hay que añadir que la Universidad es valiosa también porque es un centro de enseñanza donde se privilegia la actividad de investigación, es decir, de búsqueda de explicaciones cada vez más amplias y coherentes al entorno en el que nos desarrollamos. Este carácter de institución de investigación representa un valor en la medida en que habilita al estudiante para que al aplicar los resultados de la investigación científica se enriquezca con los conocimientos prácticos más eficaces, que nos permitan disponer de los satisfactores que requiere toda sociedad para asegurar su persistencia. A lo anterior hay que sumar el disfrute de los productos del arte y la historia que enriquecen a todo ser humano en la medida en que lo proyectan sobre otra dimensión de la realidad, la dimensión estética, vinculada directamente tanto con la percepción, como con la creatividad. Obtención de conocimientos, investigación científica y tecnológica, fruición y producción del arte, son los elementos que en un primer acercamiento constituyen el valor actual de la Universidad.

Por lo anterior, la Universidad, en general, se considera como un valor en la medida en que se suma, como institución, a la obtención del *bien universal*/que la sociedad persigue. Si se la considera como un bien, puede verse también que la Universidad constituye un fin en sí misma, por lo que es capaz de generar diversos actos de la sociedad personificada sobre todo en el Gobierno o en organismos altruistas o en empresas productivas, para conservarla y desarrollarla. En efecto, se reconoce que la Universidad posee un valor intrínseco, entre otras cosas, porque ha sido formadora de profesionistas; los abogados, médicos, administradores, arquitectos, ingenieros, etcétera, que han interve-

nido en la construcción de la infraestructura física, el marco legal, la ciencia y la tecnología de la sociedad actual, se han formado en las aulas de las universidades en todo el mundo. Nuestro país no hubiera sido posible sin la Universidad desde los albores de la Colonia hasta el día de hoy, sin embargo, es más que eso: en sus institutos se ha desarrollado permanentemente una intensa actividad de investigación que ha incidido en la producción de bienes y servicios para la sociedad. Este valor de la Universidad es reconocido también ampliamente por la sociedad, el Gobierno, las familias, las empresas, etcétera. Así, a la Universidad se le reconoce un valor por su íntima vinculación en la manera como se ha constituido la sociedad.

Sin embargo, nos vemos obligados a cuestionar si ese valor de la Universidad sigue vigente, y si agota el valor que se le atribuye como formadora de los cuadros directivos de la sociedad. En otras palabras, la Universidad, ¿se limita a transmitir a los estudiantes los conocimientos y valores admitidos como válidos por la comunidad científica y por la misma sociedad?, ¿consiste su valor solamente en las oportunidades de investigación que se da a los miembros de los diversos institutos o facultades? Dicho de otro modo: ¿enseñanza e investigación agotan el valor actual de la Universidad? Estas preguntas vienen al caso, porque a nadie escapa que hoy la posibilidad de obtener conocimientos de todo tipo no es patrimonio único de las universidades ni de las escuelas en general; desde la llegada del libro en el Renacimiento y con la reciente introducción de los medios de información masivos tales como la TV y la formación y consulta de bases de datos electrónicas de cualquier tipo, arrebatan de hecho a las universidades la exclusividad de la transmisión de conocimientos, rasgo que caracterizaba a estas instituciones hasta la invención de la imprenta. Contextualizando, en la Edad Media la escuela era el único lugar de transmisión de conocimientos. De ahí la importancia que tuvieron en el Imperio Carolingio como centros de enseñanza y aprendizaje de la cultura romana, casi totalmente destruida por las invasiones que sufrió el decadente Imperio Romano.

Por otra parte, actualmente los avances más importantes en la investigación, si bien se hacen frecuentemente con la participación de los universitarios, ya se realizan fuera de las universidades y con finalidades ajenas al sentir y pensar de éstas.

Es ampliamente conocida la importancia de recursos que las grandes empresas privadas dedican a la investigación científica y tecnológica en todos los campos del conocimiento y de su aplicación. Así sucede con los grandes proyectos de investigación actualmente: el Genoma Humano, la vacuna contra enfermedades como el SIDA o el cáncer, por mencionar sólo algunos. Parecería entonces que el valor actual de la Universidad se circunscribe a proporcionar personal formado y entrenado para incorporarse a los programas de investigación y desarrollo decididos por empresas donde domina el afán de lucro, con el apoyo de sus propios gobiernos. Peor aún, en países donde lamentablemente la investigación en ciencia y tecnología no es prioritaria, el papel de las universidades parece que debería subordinarse a la preparación de cuadros técnicos necesarios para operar su planta productiva, la cual depende en gran medida de los avances científicos y tecnológicos, del capital y criterios de productividad que provienen de economías ajenas al país en cuestión. Llegamos así a un escenario donde el valor de la Universidad queda limitado a la transmisión de conocimientos, valores, actitudes y procedimientos necesarios para la fuerza de trabajo, con los que se fortalece la situación de desequilibrio en la generación y distribución de la riqueza a nivel mundial. Nos referimos a estos dos últimos aspectos porque el conocimiento científico que se aprende y se desarrolla en alguna medida al interior de las universidades, ha venido a constituirse en la principal fuente de riqueza en la sociedad actual. Si la Universidad está vinculada con la transmisión y generación del conocimiento, aunque no de manera exclusiva, necesariamente está también inmersa en los mecanismos que llevan a la generación y distribución de la riqueza tal como la conocemos.

Así las cosas, el valor de la Universidad, y sobre todo hoy día, ya no es tan evidente como pareciera en un primer momento. Lo que permanece como valor es su vinculación con el conocimiento científico y tecnológico, el cual, como ya dijimos, constituye el origen para la obtención de satisfactores, es decir, para la generación de riqueza. Queda pendiente todavía definir el papel de la Universidad en función no ya de lo que fue, o de lo que es en relación con la sociedad actualmente, sino el valor que le asignemos en función de la sociedad que queremos construir. Es el valor de la Universidad, y todo lo que ello implica, uno de los principales campos de batalla donde se conforma

el presente y el futuro de nuestra sociedad. Del reconocimiento que nuestra sociedad le dé a la Universidad dependerá, en gran medida, la cantidad y oportunidad de recursos que le asigne. En esta disputa interviene el Estado, el Gobierno, las familias, las empresas, en general la sociedad toda, porque en ello va su propia seguridad y bienestar tanto presente como futura. ¿Quién y cómo conformará el valor actual de la Universidad?

El valor de la Universidad: entre el bien individual y el bien social

Platón, en el siglo V antes de Cristo, vivió una situación semejante: una disputa, enfrentamiento podría decirse, entre la educación y el Estado, porque éste propugnaba una educación orientada al bien de la estructura política sometiendo al individuo al fin del Estado, el cual se limitaba con frecuencia al bien de los gobernantes y engañaba al pueblo haciéndole sentir y ver, falsamente, que conseguía su bienestar. Por otra parte, la educación verdadera (*paideia*) que impulsaba Platón tenía por objeto el pleno desarrollo del individuo y de todas sus facultades de tal manera que consiguiera su verdadero bien: su plenitud, su felicidad, su bienestar (*eudaimonía*). En esta situación, Platón tomó partido por la primacía de la educación: es el Estado, sostuvo, el que debe someterse a la *paideia*, y no ésta al Estado. La razón estribaba en que sólo la *paideia* veía por el verdadero bien del individuo, a diferencia del Estado que se pierde en buscar solamente el bien particular de quienes gobiernan, y éstos se limitan a la propia satisfacción sin desarrollar sus facultades más altas, como la inteligencia o la voluntad virtuosa que les permitiera favorecer el desarrollo pleno de cada individuo, es decir, de sus gobernados.

Viene a cuento esta cita de Platón, porque actualmente el valor de la Universidad está lejos de ser algo preciso o claro para todos. Hoy, todos somos responsables de precisar, ampliar y profundizar en el valor de la Universidad. En esta tarea es frecuente encontrar una falsa dicotomía que puede hacer perder el significado profundo de dicho valor. Me refiero a la falsa dicotomía entre el bien del estudiante como individuo y el bien de la sociedad. Desde la perspectiva de la sociedad, se privilegia la vinculación inmediata de los egresados al

aparato productivo; desde la perspectiva del individuo, del estudiante, se privilegia su formación personal que tiene tintes de crítica y de creatividad porque pretende capacitarlo para enfrentar los cambios que continuamente se dan en el campo laboral, que derivan de los avances de la ciencia y la tecnología. Aunque estas dos perspectivas son de hecho complementarias, en la práctica son fuente de tensión entre Universidad y Gobierno. Decimos que esto es falso, porque en nuestra civilización todo conocimiento es práctico; de tal manera que si algún sentido tiene el esfuerzo que realizan la Universidad —y con ella la sociedad— y el estudiante, es aprender para actuar. El aprendizaje de los estudiantes está orientado hacia la preparación para la solución de problemas en la producción y la convivencia, que siempre obedecen a situaciones concretas. Pero dado el ritmo de cambio en que vivimos, la preparación del estudiante (y en ello va el interés de la sociedad) no puede limitarse a las circunstancias presentes, sino que ha de ubicarse en una situación de cambio. En consecuencia, la Universidad ha de proyectarse hacia el futuro porque ni el individuo ni la sociedad son estáticos y ambos se requieren para existir. Por tanto, el valor actual de la Universidad consiste en la formación de jóvenes habituados al análisis racional de la realidad, y de las explicaciones que sobre ella se han dado; en estimular a sus estudiantes para emprender la aventura que significa construir conocimientos nuevos, valores nuevos, alternativas nuevas que lleven a la sociedad a construirse sobre la base del respeto y participación total de cada hombre que existe en ella.

Lo anterior puede resumirse diciendo que hoy el valor de la Universidad consiste en enseñar ciencia con imaginación. La investigación es el lugar propio de la imaginación creativa y responsable, porque de hecho se orienta a la construcción del futuro con nuevas explicaciones de la realidad y con nuevos satisfactores. Es en la forma de enseñar a los jóvenes, en la forma de investigar con ellos, donde reside el valor propio de la Universidad actual. Sin embargo, esto es más un postulado que un hecho. El hecho que observamos es que toda sociedad aspira a conducirse de acuerdo con un orden estable, de tal manera que las acciones de sus miembros y los fenómenos naturales transcurran tal y como ya está establecido y determinado. Si esto es cierto, valorar a una institución que promueva el cambio sería contrario a una aspiración

social generalizada de orden y control. Por otra parte, es cada vez más común y evidente que los gobiernos de numerosos países impulsan políticas hacia sus universidades bajo el supuesto de la productividad, mostrando así que para ellos el valor de la Universidad consiste en preparar a profesionales que habrán de generar el desarrollo de la sociedad conforme a ese orden y control. Se compara a las universidades, de hecho, con una empresa industrial o de servicios en la que su rendimiento ha de corresponder a criterios de productividad que se miden a través de ciertos índices. Bajo esta intención, en la Universidad se habla del índice de titulación, de deserción o permanencia de los estudiantes; se valora a la institución por la productividad de su cuerpo académico; medida en obra publicada o expuesta, sus patentes, sus horas frente a grupo, etcétera, sin atender otros factores como la preparación con que llegan los estudiantes, sus expectativas, sus compromisos, entre otros.

La Universidad hacia la construcción del futuro

Una rápida mirada a lo que sucede en nuestros días evidenciará lo falso que resulta tal valoración de la Universidad: si algo caracteriza a la sociedad mundial actual es su dinamismo. Pensar en las instituciones como algo estático es ir en contra de nuestra experiencia cotidiana. Este dinamismo se origina en la actividad científica y tecnológica, lo que incide inmediata y directamente sobre las universidades, pero cuyos detalles difícilmente son percibidos por la sociedad o por los gobiernos. Ya sabemos que la realidad conformada por la ciencia y la tecnología, cuyo ritmo de cambio es inalcanzable, será otra para el egresado que la enseñada en las aulas universitarias y para la cual se prepara. ¿Cómo pensar o imaginar que una institución educativa cumpla con su función social si se considera que debe responder a una realidad estática, cuando la realidad social a la que debe responder está envuelta en un dinamismo cada vez más acelerado?

Las universidades han preparado a sacerdotes, abogados, políticos, médicos, a hombres de ciencia y de letras; han sido cuna de ideales y de hombres valiosos que emprendieron cambios profundos en la sociedad de su tiempo para responder a los grandes ideales de la humanidad. Las universidades, además, han sido el sostén y el

motor del progreso; han propiciado la aventura de la acción profesional unida estrechamente con la aventura del pensamiento creador.

Es verdad también que el ritmo con que evolucionan las sociedades se ha acelerado a medida que las épocas son más cercanas unas de otras. Antiguamente con dificultad una generación era testigo de cambios significativos porque su ritmo de transformación era sumamente lento. Hoy en unos cuantos años experimentamos cambios drásticos en nuestras vidas. Pero en todo caso, en las universidades se fraguaron las mentes y las voluntades de quienes emprendieron los cambios que las sociedades de cada época y territorio demandaron. Nuestra guerra de Independencia es un ejemplo claro de ello.

El hecho de situar el valor de la Universidad en formar a los jóvenes para construirse a sí mismos y para construir a la sociedad, nos remite al futuro. Pero, ¿es posible formar para el futuro, si no se le conoce porque no existe? Para ubicar nuestra propuesta conviene señalar que la realidad física, la vida, el intelecto, las sociedades, todo lo que existe, es resultado de un proceso permanente de llegar-a-ser. En efecto, la perfección última, definitivamente acabada, no existe; lo que percibimos y conocemos son entidades en proceso de ser. La visión que tenemos de las cosas como acabadas y estables nos es útil para servirnos de ellas, y las consideramos como estables y permanentes porque coinciden con nosotros en el espacio y el tiempo. Sin embargo, una breve reflexión sobre las cosas y sobre nosotros mismos nos indica que todo está envuelto en un proceso de modificación constante. Ahora bien, si nuestra realidad es proceso, podemos aceptar también que la educación constituye un elemento formativo que la sociedad ofrece al individuo para conformar el dinamismo intrínseco que dicho sujeto posee para llegar-a-ser. Con esto, la sociedad se fortalece en la medida en que sus miembros se forman de acuerdo con los valores que ella pone a su disposición en su proceso de formación. Lo anterior nos lleva irremediablemente a ver al futuro como resultado de la creatividad social que actúa en cada uno de sus miembros, y que la educación estimula y fortalece. Gracias a la Universidad, el estudiante adquiere el arte de utilizar los conocimientos para llegar-a-ser ingeniero, veterinario, sociólogo, diseñador, etcétera, y también para lograr su propia plenitud tal como lo decida. Significa

esto que el futuro es el resultado de la creatividad decidida en el presente y gestada en el pasado. La conciencia de lo que ya no somos, de lo que fuimos, en lo individual y en lo social, es la única base que poseemos para crear nuestro futuro, y es parte fundamental de la formación de los estudiantes. La conciencia de lo que fuimos y su influencia determinante en lo que somos y seremos, no significa fatalidad, sino responsabilidad creadora que existe en la acción de cada hombre. El valor del conocimiento, por tanto, no es repetición pura de lo que fue. Es primero conocimiento, pero conocimiento imaginativo, creativo, de lo que fue, para proyectarlo en lo que estamos siendo y en lo que seremos. Y lo mismo habría que decir no sólo del conocimiento científico, sino del arte, de los valores morales, y de la cultura en general. Éstos tienen valor en la medida en que son recreados conforme al entorno físico en que se desenvuelve cada sociedad.

Si aplicamos lo anterior al concepto mismo de valor, tendremos que, visto desde la acción racional del hombre, el valor es proyección hacia lo que no es, pero que se considera digno de alcanzar. El valor de un individuo, y consecuentemente el de su sociedad, es la proyección de sí mismo hacia su propia conformación que en todo momento presente es incompleta. Por eso el valor, en general, involucra a la *creatividad* que da forma a todo lo que deviene, y lo que existe no permanece estáticamente, está en proceso de perfeccionarse, de constituirse. El valor es, por tanto, posibilidad pura a la que damos forma cuando lo procuramos, así como cuando realizamos algo damos forma al pensamiento que nos motivó a ello.

El valor de la Universidad aparece ahora como el factor social que reafirma la conciencia de lo pasado a través de la enseñanza, pero que lo hace imaginativamente para proyectar el valor intrínseco que tiene todo conocimiento, hacia la conformación del futuro desde los valores del pasado; el pasado, además, no es puro recuerdo, sino presencia de lo que fue y que como tal está actuante en el presente, y que desde luego se incorpora para conformar el futuro. La Universidad, por tanto, es una institución vuelta hacia el futuro, pero anclada en el pasado tanto de cada individuo que forma su comunidad, como de la sociedad a la que enriquece.

Ubicar el valor de la Universidad en los términos propuestos, coincide con nuestra experiencia



Fotografía: José Ventura

del mundo. En efecto, las condiciones actuales de nuestra civilización nos imponen el hecho del dinamismo de las sociedades, gracias al conocimiento transformador y práctico del mundo que nos proporcionan la ciencia y la tecnología. Vivimos en una sociedad donde cada vez es más claro que la principal fuente de riqueza es el conocimiento, el cual evoluciona siempre con mayor velocidad. Por consiguiente, el otorgar a la Universidad el valor de factor de creatividad para la generación de nuevos conocimientos y para la aplicación, también creativa, de esos conocimientos en la solución de los problemas en nuestra sociedad, responde más al dinamismo científico y tecnológico y sobre todo a la responsabilidad que tiene nuestra sociedad para superar los problemas que la aquejan: el desempleo, el hambre, la destrucción de nuestro entorno, la pérdida de autoestima, etcétera. Pretender solucionar nuestros problemas sin intervenir en nuestro futuro, utilizando y generando conocimiento, significa condenarnos al estancamiento y luego a la desaparición de nuestra sociedad. Sería dejar que nuestro futuro se construya a partir de intereses que no coinciden con los nuestros. En efecto, lo que hoy somos, los valores que hoy tenemos, los avances que poseemos, por más grandes que sean, son insuficientes si los dejamos tal cual son, para el futuro, porque el conocimiento avanza y las sociedades se organizan conforme a dicho avance. Mañana, el conocimiento de la humanidad habrá avanzado sin nuestra participación creadora, y estará más lejos de nuestra sociedad la solución a sus problemas. La condenaríamos, de hecho, con nuestra omisión, a vivir postergada por los siguientes decenios.

Poner el valor de la Universidad en la formación de estudiantes creativos y responsables de su futuro no descarta a la educación útil. Ésta es tan necesaria como urgentes y concretos son los problemas a solucionar en nuestra sociedad. Dicho valor consiste en que la Universidad trae a la enseñanza y a la investigación los asuntos propios de la vida cotidiana de los individuos para construirles vías de acción hacia su progreso a través de una actitud imaginativa que se contiene en la creatividad.

Hemos dicho ya que en la medida en que no conocemos el futuro, la previsión de lo que acontecerá sólo puede basarse en el conocimiento del presente, que a su vez incorpora al pasado. La Universidad habrá de motivar en los estudiantes el análisis de lo actual para descubrir en ello la fuerza transformadora de la ciencia en la sociedad. Habrá de estimular la habilidad para detectar las inercias aún actuantes, y distinguirlas de las que ya desaparecieron o están en vías de extinguirse, porque todo ello interviene en la construcción del futuro.

Lo anterior obliga a una formación sólida que ponga al estudiante frente al conocimiento de la realidad; pero involucra también la responsabilidad para asumir el riesgo de construir nuevos conocimientos, nuevas aplicaciones, nuevos valores, y nuevas expectativas. Las grandes civilizaciones, y los grandes logros de la sociedad moderna, incluida la nuestra, no fueron resultado del azar, sino de lo que en su momento representó un riesgo y una ruptura, quizás calificadas de infundadas, pero perseguidas con ardor, como una aventura. Pretender hacer que esos logros de los que hoy

disfrutamos continúen indefinidamente es denigrar su memoria. Hoy los grandes hombres de esas épocas emprenderían la aventura de construir a nuestra sociedad, aventura que nosotros debemos correr. Abrir las mentes de los estudiantes a la empresa constante de ser y de perseguir la permanencia y la plenitud del propio ser, expresa el valor actual de la Universidad. Día a día su comunidad de aprendizaje y de investigación construye el valor de la imaginación creativa para conformar el futuro basado en el sólido conocimiento del presente. No se trata de un futuro preciso en sus detalles, porque no se le conoce; se trata de la búsqueda permanente del bienestar de cada individuo como realización personal. Sus características pueden ser avizoradas, pero nunca precisadas. En efecto, una aventura rara vez alcanza un objetivo predefinido: Colón nunca llegó a la India, pero llegó a América. Sin embargo, una civilización sin aventura, una sociedad que no asuma el riesgo de decidir su futuro, se desvanece.

El valor del individuo expresa también el valor actual de la Universidad porque ésta trabaja con

individuos que personalizan el valor actual de la sociedad. Tomar conciencia de su propio valor que trasciende al presente gracias al conocimiento de la realidad; ser consciente de que su futuro involucra el futuro de su entorno, constituye el valor cotidiano del trabajo universitario centrado en el sujeto. La Universidad ayuda al individuo a ser él mismo, pero incita a su imaginación y a su voluntad para trascenderse en armonía con su entorno físico, biológico y social. Así, el valor actual de la Universidad consiste en saber que es un factor social indispensable para la construcción del futuro.

Bibliografía

Davis, Paul, *Sobre el tiempo*, Crítica, Barcelona, 1996.

Whitehead, A.N., *Los Fines de la Educación*, Paidós, Buenos Aires, 1957.

Whitehead, A.N., *Science and the Modern World*, MacMillan, Nueva York, 1945.

